tre el presbiterio que se amplió hasta los muros de la nave septentrional por medio de una plataforma, una extensa tribuna que se construyó frente al púlpito y dentro de la nave central, el espacio medio que en esta misma nave quedaba libre y en toda la extensión de la nave del sur; estos asientos, servirían para los feligreses especialmente invitados, en esta forma: los del pesbiterio para el V. Clero Regular y Secular, ordenandos y alumnos del Seminario, alumnos del Instituto de San Ignacio de Loyola, del Orfanatorio del Sagrado Corazón de Jesús y del Colegio de Infantes; los de la tribuna, para el H. Cuerpo Consular y funcionarios públicos; los de la nave del centro, de la derecha, para las damas, y de la izquierda, para los caballeros; y los de la nave del Sur, para los comisionados ó representantes de las Asociacíones piadosas, Juntas de Caridad y demás cuerpos canónicos de la Arquidiócesi. La nave del Norte se dejó libre para el concurso de todos los fieles.

Apenas habían sonado las cinco de la tarde en el reloj de la monumental Basílica, y ya el sagrado recinto estaba henchido de una selecta y compungida muchedumbre: pasaban de tres mil almas las que se hallaban en la Catedral al ir á dar principio la solemnidad.

En esos mismos instantes, el Ilmo. y Rmo Sr. Arzobispo, Lic. Don José de Jesús Ortiz, acompañado de varios Señores Capitulares, quienes salieron á recibirle de negra capa magna, hasta la puerta mayor, hizo su entrada en el enlutado templo, vistiendo él mismo el traje violeta, de prescripción canónica en tales solemnidades. pues es el de riguroso luto en los Príncipes de la Iglesia de Jesucristo. Atravesó solemne y magestuosamente la nave central; ascendió al presbiterio, y con el ceremonial litúrgico, tomó asiento bajo el dosel que le estaba destinado. Entónces las Vísperas de difuntos dieron principio, en

medio del mayor recogimiento. ¡Elocuente silencio! á que los relámpagos de la tristeza y el agobio de la desolación, prestaban toda su angustiosa intensidad, pues las facultades anímicas se hallaban en suspenso, experimentando el éxtasis de la orfandad y la conmiseración; porque la naturaleza ha querido que el hombre hallase una especie de satisfacción desgarradora y á la vez dulcísima, en el cumplimiento dolorosísimo de todo deber que la justicia y el infortunio mismo le imponen. Y aquesta solemnidad nos congregaba á satisfacer en común el delicado encanto de las lágrimas, solicitadas por las profundas afecciones del alma á quien una desgracia irreparable obligaba á poner en juego los movimientos generosos de su sensibilidad, infinitamente nobles, penetrantes y puros. Se diría con verdad que nuestras doloridas almas se encontraban de hinojos al rededor del túmulo que iba á servir para que se rindieran los últimos honores al magnánimo León XIII!

La parte musical, fué clásica, hermosa, sentimental; cual convenía que fuese para interpretar fiel y adecuadamente la angustia de almas piadosas que soportando, libres de toda mezquinidad, una amargura cristianamente resignada, quisieran, sin embargo, poder sondear los misterios de ultratumba; vislumbrar cúal fué el destino del alma pura que acababa de ascender á las regiones de la verdadera vida; ir tras ella, escudándola con filial cariño, para testimoniarle así, no sólo la sinceridad de sus caritativos anhelos, sino también la vehemencia del pesar indescriptible que ha ocasionado en la tierra la orfandad del orbe católico, y postrados, en fin, ante el trono de las Misericordias celestiales, al ofrecer á Jesucristo, limpios sus ruegos, decirle con el acento gemebundo del Libro de las lamentaciones: *"¿Quién puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido? ¿quién sino tú que eres solo?...."*

Hubo en la ejecución de esos bellísimos trozos, hijos de la inspiración potente de los más grandes escritores de música religiosa, arte exquisito y delicadeza suma. El coro, reforzado con varios profesores que no son de su seno, brilló con notable magestad y aliño; y las magníficas voces de los conocidos artistas Don Darío Marmolejo, Don Salvador Villaseñor, Don Isaac Ramos y Don Eduardo Lejarazu, alternando con las atipladas, sonoras y dulcísimas de *los niños de la clase de canto del Orfanatorio del* Sagrado Corazón de Jesús, del Colegio de Infantes y de *los cuarenta alumnos* que formaban el Orfeón del Seminario, tuvieron notas de incomparable ternura, que parecían expresar á un tiempo mismo el amor filial, la compasión y las ansias desgarradoras de aquella angustia suprema; es que la voz humana, saliendo inspirada de un pecho conmovido por íntimo y verdadero sentimiento, tiene acentos propios, arrebatadores é irresistibles para conmover los corazones, dulcificar el infortunio, arrancar dulcísimas lágrimas y aún hacernos asombrar y estremecer. No; no fué aquella la salmodia grave é imponente, pero siempre monótona del litúrgico salterio; en aquellas voces había quejas, invocaciones, preces, ayes y lamentos elocuentísimos á los cuales era imposible sustraer la parte afectiva de nuestra alma. La boca de aquellos artistas había comenzado el himno del dolor; su alma conmovida lo difundió con frases de portentosa sublimidad, y el silencio del templo le prestó sus vastos y sonorosos dominios para que se plegasen á él, en sublime homenaje al Creador, todos los anhelos de aquel inmenso concurso. En esos momentos solemnes, la Iglesia de Guadalajara bien pudo exclamar con el Profeta de la paciencia y de la resignación:

"En llanto se ha convertido mi cíthara, y mi órgano en voz de lloradores."

Más de sesenta bien timbradas voces; un respeta-

ble grupo de profesores reforzando la orquesta del coro de la Matriz; la competencia y conocida maestría del distinguido artista Don Diego Altamirano, maestro de Capilla; el gemido del órgano semejando con sus melancólicos registros la voz de la tribulación humana, merced á la pericia é inspiración del joven, pero ya afamado compositor y maestro Don Alfredo Carrasco, y el contingente de los alumos de este mismo profesor, de los del maestro Altamirano, así como el de los seminaristas que formaron el Orfeón bajo la hábil batuta del reputado maestro Don Féliz Peredo; tal fué el caudal bellísimo que la soberanía del arte rítmico-musical, de esa lengua universal y divina, como graficamente la llamó Arsenio Houssaye, de esa arquitectura sobrehumana, voz de los ángeles, de los escogidos, de los mundos, de los elementos, de las olas y de las brisas, ofreció para realce y mejor desempeño de esta primera parte de la grandiosa solemnidad.

***

Terminadas las Vísperas, apareció en el púlpito, en aquella tribuna sagrada que hicieran célebre por su respetabilidad y cultura, las figuras legendarias de los príncipes de la palabra que durante tres centurias la han venido ocupando sucesivamente; mitrados insignes los unos, doctos canonistas y profundos y laureados teólogos los otros; aquellos exégetas admirables, y estos catequizantes de inmensa lectura y vastísima sapiencia; unos, fogosos polemistas, y otros, tranquilos y serenos argumentadores; personajes de situación actuante, aquellos, y estos, humildes sacerdotes de palabra fácil y clarísimo intelecto; y todos, solidamente provistos de un tesoro de fe, de ciencia y de doctrina; apareció, decimos, el ilustre y venerable Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia,

Dr. Don Agustín de la Rosa, Maestro benemérito de generaciones, tan respetable por sus servicios eminentes, como cargado de años, de virtudes, de ciencia y de méritos; envuelta su humildad insigne en la esclarecida vestimenta canonical como el cielo se cubre con las magnificencias regias del atavío crepuscular. ¡Cómo nos recordó su cariñosa y simpática personalidad, la de aquel otro sabio religioso francés, que con la diestra sobre un altar de una iglesia de París, hizo *este incomparable juramento*: "Dios mío, hago voto de no ser rico nunca, de no tener más que un fin: tu servicio; y de no poseer más que un bien: la verdad y la justicia." Ideales sublimes que el Dr. de la Rosa, nuestro Maestro *queridísimo*, ha sabido realizar admirablemente en su largo y meritísimo apostolado! Él es toda una conciencia. Va por el camino recto, *adelante; sin contemporizaciones ni* componendas con la vida social; con la rectitud de una saeta triunfadora. Y lleva como escudo, aparte de su asombroso talento y erudición vastísima, la inapreciable condición de una sinceridad científica que le ha merecido *en todos sus triunfos, victorias decisivas, ganadas en buena lid*, y por esto mismo, duraderas, legítimas y completas. Es un filólogo consumado, un latinista elegante y concienzudo y un helenista de primera fuerza; el Maestro verdadero y sobresaliente de estos estudios clásicos que ha regenteado, sin émulo ni competidor, durante cincuenta años en nuestro Seminario Conciliar; uno de esos Maestros, que por desgracia, tan raros son hoy en día; de reconocida é indiscutible autoridad entre todos sus egregios alumnos, los de bellas letras y los de letras doctas. ¿A quién, pues, mejor que á este anciano venerable, cuya capacidad y aptitudes son preeminentes, pudo encomendar con mayor justicia y seguridad de esplendor, el M. I. y V. Cabildo Metropolitano, la difícil Oración latina en honor del preexcelso León XIII?

¿Quién más digno que él, para hablar en el idioma oficial de la Iglesia, del *Laureado Prìncipe de los poetas latinos*, como con justicia llamó á este esclarecido Pontífice el ilustrado redactor del *Praeco Latinus?* ¡Él fué el designado, porque antes que él no puede colocarse otra figura!

Dominado por la emoción, balbuciente de afecto, así dió principio á su peroración, en la que admiramos, los que tanto le conocemos, más que su rara facilidad de estilo y de lenguaje, que esto le es proverbial, el clasicismo de su dicción pura; porque el mérito de su Oración, á nuestro humilde juicio, está sobre todo en la claridad y en el gusto ático y sobrio de la forma; más que en el vigor de los epítetos, en la sencillez encantadora de las imágenes. El lector, con su buen criterio, juzgará por sí mismo de esa bella producción que se inserta en el lugar correspondiente. Nosotros, á fuer de simples narradores, *sólo tenemos* que consignar aquí, que fué en verdad de atrayente interés presenciar y oir á este benemérito anciano, decir nobles palabras de ternura y condolencia en honor del gran finado, ofreciendo no sólo el prestigio de su fe y la influencia de su nombre, sino también el brillo de su verbo encomiásticamente conceptuoso, como elementos propicios de su misión sacerdotal al apoteosis que ahí tenía su más solemne realización, pues bajo los hábitos del predicador insigne, palpitaba sensible y dolorida el alma del hijo amante, del intelectual creyente y del campeón esforzado de la idea católica que, en lucha incesante contra la impiedad y el error, ha combatido por la gloria de Jesucristo Redentor, por la divinidad de su Iglesia inmortal y por la preeminencia y esplendor del Pontificado.

Se le escuchó con arrobamiento y exquisita simpatía, como al gerente moral de la más selecta manifestación de nuestro duelo; y cuando terminó, acaba-